



José Zorrilla

# **Vivir loco y morir más**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales



¿No hay más remedio, Román?

ROMÁN Los días vienen y van,  
y que no ha de llegar temo  
el mío.

ALBERTO La suerte acaso  
te guarda mejor fortuna.

ROMÁN Es tardía, es importuna,  
y en impaciencia me abraso.

¡Tantas horas de esperar,  
tantos días de dolor,  
aguardando otro mejor  
que jamás ha de llegar!

¡Y soñando gloria y nombre  
sentado al dintel de un cielo,  
arrastrarse por el suelo  
bajo la planta del hombre!

No más, Alberto, por Dios,  
hoy es nuestra despedida:  
tal vez otra en esta vida  
nos hallaremos los dos.

ALBERTO Román, ¿y así se abandona  
tanto afán, tanta esperanza?

¿Sin amargura se alcanza  
esa soñada corona?

Trabaja, sufro y espera,  
que en el sufrir y esperar  
está acaso el encontrar  
esa fama venidera.

ROMÁN Decidido, Alberto, estoy;  
de nosotros olvidados,  
ó famosos ó ignorados,  
bebamos alegres hoy.

Nuestro es el día presente,  
de los necios el mañana,  
la vida es corta y liviana  
para todos igualmente.

Soñé desde que nací  
esos fantasmas de gloria,  
y hoy no encuentro en mi memoria  
un recuerdo para mí.

Todo en la tierra es vacío;  
la amargura y el placer,  
y mañana, y hoy y ayer,  
presa son del tiempo impío.

Riamos, pues, y cantemos,  
el alma de llanto ajena,  
que tal vez la será en pena

el tiempo que no gocemos.  
(Un momento de pausa.)

Mira, mil veces pensé  
que sólo al cuerpo convida  
con ocio y placer la vida;  
pero al alma, ¿para qué?

Este cuerpo es un encierro,  
del otro mundo antesala;  
vida el cielo le señala,  
muere, y acaba el destierro.

Si el cuerpo no ha de vivir,  
acertado, a fe, es dejar  
al ánima descansar,  
y al cuerpo inútil morir.

ALBERTO ¿Y tu entusiasmo, Román?

¿Tu ambicioso pensamiento?

ROMÁN Borrándose con el viento,  
las cosas del mundo van.

Ambición tuve de ser  
grande, y dejar en la historia  
famosa y alta memoria,  
pero esto, Alberto, era ayer.

Hoy hallé mi corazón  
menos osado, más frío.  
Juzgué ese afán desvarío,  
y lugar di a la razón.

ALBERTO A tu razón extraviada,  
y a tu ambición no cumplida.

ROMÁN Y, francamente, esta vida  
no creo merezca nada

El mundo es jaula de locos,  
los más locos gozan más;  
mas son pocos.

ALBERTO Y ¿no harás  
por ser, Román, de los pocos?

El mundo será ilusión,  
locura será cual dices,  
mas si hay tristes y hay felices.  
algunos mejores son.

Si el poder y la riqueza,  
el orgullo y la hermosura,  
son por cierto una locura,  
en la locura hay grandeza.

Ese sublime entusiasmo  
que ayer existía en ti,  
hoy, ¿no te merece, di,  
nada?

ROMÁN        A lo más un sarcasmo;  
    porque hoy veo más que ayer,  
y esos fantasmas de oro,  
esos sueños que hoy adoro,  
mañana he de aborrecer.

    En fin, yo quiero reir,  
cantar, beber y esperar  
el día en que ha de acabar  
nuestra misión de sufrir.

    Ese es mi último doblón,  
y hoy es nuestra despedida,  
si ha de ser en esta vida  
de eterna separación.....

ALBERTO    ¡Ah! ¿Estás loco?

ROMÁN        Loco estoy.

ALBERTO    ¿eterna ha de ser? ¿Por qué?

ROMÁN        No hablemos más: no lo sé;  
    pero un día grande es hoy.  
(Sale por la puerta del fondo.)

## ESCENA II

ALBERTO    ¡Maldita ambición de ser  
más de lo que puede un hombre!  
¡Maldita ambición de un nombre  
con que no hemos de poder!

    Sí, ¡maldita esa locura,  
bastarda pasión impura,  
de querer ganar la altura  
sin pisar un escalón!

    Apagóse su osadía,  
y hoy es un último día.....

¡Ay! ¡Para volar tenía  
alas en el corazón!

    Y, por cierto, él es poeta,  
grande el alma como el mundo;  
mas por no ser el segundo,  
a la nada se sujeta.

## ESCENA III

ALBERTO y ROMÁN

ROMÁN        Pues, señor, ponche tenemos.  
Con él la memoria ahoguemos;  
cuando borrachos estemos,  
en nada hemos de pensar.  
    ¿A qué ese abatimiento?

yo quiero verte contento;  
si, al fin, placer y tormento  
con el tiempo han de acabar.

(Llaman a la puerta.)

¡Hola! ¡Otro interlocutor!

Sin duda ha errado el camino.

(Alto.)

A la puerta del vecino,  
si sois un acreedor.

JULIÁN. (Dentro.)

Abre, soy yo.

ROMÁN (Abriendo.)

¡Tarambana,

aguardaras a mañana!

Con esa voz de campana,

¿por qué no gritas: «¡Abrid!»?

Van a traer la ponchera.

JULIÁN Más a tiempo no viniera

a descomunal quimera

contra los moros, el Cid.

#### ESCENA IV

ROMÁN, ALBERTO y JULIÁN

JULIÁN Y ¿á qué santo es la función?

ROMÁN A mi mudanza de vida.

JULIÁN Con esa resolución,

la difunta Inquisición

se diera por bien servida.

Una conversión tamaña,

eco hallará en toda España.

(Riéndose.)

¡Pues debajo del sayal,

no será mala cucaña

este infolio de moral!

ROMÁN Pero, hombre, ven, óyeme.....

JULIÁN ¿Qué más tienes que añadir?

ROMÁN Mira, de hoy más no seré.....

JULIÁN ¿Pues no lo acabo de oír?

No digas más. ¿Para qué?

ROMÁN ¡Loco! Ya no hay poesía

ni bellas artes en mí.

ALBERTO ¡Locura es la tal porfía!

ROMÁN Este es el último día

que estamos juntos así.

JULIÁN ¿Esa es pulla?

ROMÁN No, por cierto.

JULIÁN ¿Conque me hablas en verdad,  
ROMÁN Sí.

JULIÁN (Con énfasis.)

Ya; si la sociedad  
hoy ya no es más que un desierto,  
el mundo es la soledad.

¿Conque versos, y pinceles,  
y esperanzas ¡pif! volaron?

ROMÁN Cabal.

JULIÁN ¡Ah! Son oropeles.

¡Sin renombre y sin laureles,  
cuántos hombres se olvidaron!

Decir que lo pienses bien,  
es inútil advertencia;  
tú lo quieres, tú lo ten.  
¿Hay ponche? Pues, en conciencia,  
no hay más que decir amén.

ROMÁN Pues al ponche. Ya está aquí.

(Un mozo entra la ponchera.)

JULIÁN ¡Oh, qué campo de batalla  
veo delante de mí!

El ponche es el cielo, sí;  
vida en el ponche se halla.

A esa transparente llama,  
que por las orlas del vaso  
color y calor derrama,  
¿qué corazón no se inflama?  
Yo en inspiración me abraso.

Ese azul vago, flotante,  
remedo del firmamento,  
hace que el poeta cante,  
hace atrevido al amante  
y ahoga el remordimiento.

El hace del tiempo impío  
horas de calma y placer,  
al corazón presta brío,  
y va un hombre a un desafío  
bien seguro de volver.

¡Amigos! Al agua penas,  
paraíso es la embriaguez;  
gocemos horas serenas,  
que éstas tenemos apenas  
por la postrimera vez.

ROMÁN Inagotable, fecunda,  
soltaste la taravilla.

¡Fraseología tremebunda!

JULIÁN Bebamos, y ancha Castilla.

que el universo se hunda.

(Un momento de pausa.)

Aquí noto tu talento,  
el mundo vas a dejar  
con nobleza y ardimiento.

ROMÁN ¿A qué tristeza mostrar  
cuando lo dejó contento?

JULIÁN ¡Famoso! Es cosa hechicera  
dejar la literatura,

las artes....., ser un cualquiera,  
y entrar en la vida obscura  
por puertas de borrachera.

ROMÁN Bebamos. Al ponche, Alberto,  
no tengas duelo por mí:  
para todos está abierto  
ese porvenir incierto,  
que no vemos desde aquí.

Vendrá tardía ó temprana  
nuestra buena ó mala hora,  
y en esta vida liviana,  
si feliz me encuentro ahora,  
¿por qué pensar en mañana?

ALBERTO (Levantándose de repente y disponiéndose a beber.)

Tienes razón: tú lo quieres,  
y tú quien lo ha de arrostrar  
solamente, Román, eres,  
y es inútil derramar  
lágrimas en tus placeres.

Bebamos.

ROMÁN Hablaste al fin  
algo, menos mentecato.

JULIÁN Hoy es nuestro San Martín.

No queda vaso ni plato  
útil en nuestro confín.

(Se sientan, fuman y beben.)

¿Conque desde hoy nueva vida?  
¡Determinación extrema!  
Cuanto más desconocida,  
más la novedad convida.

ALBERTO Cada loco con su tema.

JULIÁN Del disgusto y del placer  
gozamos si es repentino;  
mejor lo nuevo ha de ser;  
por eso, si es del vecino,  
me enamora la mujer.

Pues, señor, yo te aconsejo  
que no te vuelvas atrás,



siempre fastidia lo viejo.

ROMÁN Te pagaré tu consejo

dándote ponche de más.

(Desde aquí, debe conocerse el efecto de la embriaguez.)

Según estás de callado,

(A Alberto.)

te sientes, una de dos,

ó enfermo ó enamorado.

JULIÁN Ayer estuvo en el Prado

con su mujer, ¡vive Dios!

¡Qué miserable es, Alberto,

el mundo que vemos!

ROMÁN ¡Oh!

¿Conque lo hemos descubierto?

ALBERTO Que-era una mujer, es cierto;

pero mujer mía, no.

JULIÁN Nunca lo creyera en ti,

tú no eres hoy el de ayer.

(Mirándole a la cara.)

ALBERTO Pues te engañaste.

JULIÁN Ó mentí.

Pero hoy como un maniquí

te trae cualquiera mujer.

ROMÁN (Levantándose con énfasis.)

¡Conque te vas a casar!

Tú vas a prevaricar.

Lo dije, tus disparates

contigo vendrán a dar

en una casa de orates.

¡Tú te casas!

ALBERTO Yo me caso.

ROMÁN y JULIÁN (A carcajadas.)

¡Se casa!

JULIÁN (Con el vaso en la mano.)

¡Salve, oh sesudo

marido! Levanta el vaso,

con un brindis nada escaso,

yo, marido te saludo.

¡Salud! Piadosos los cielos,

larga sucesión te den;

continuas fiestas de celos,

matrimoniales consuelos

que se asomen a tu sien.

ROMÁN Y escribas matrimonial,

misantrópica y difusa,

sobre el amor conyugal,

una obra espiritual

a los niños de la Inclusa.

(Alberto bebe sin interrupción.)

JULIÁN Sí, lo mejor que has de hacer  
es emborracharte.

ROMÁN ¡Bravo!

¡Lo entiendes! Con no atender,  
lo que quieras ha de ser.

JULIÁN El estoicismo alabo,  
pero, en conciencia, casarte  
es tremenda necedad.

ALBERTO ¿Por qué?

JULIÁN Tú has de enamorarte.

ALBERTO ¿Y si lo estoy?

JULIÁN Es verdad,  
yo no voy a confesarte.

ROMÁN ¡Lo que es el mundo, Julián!  
Es un abismo profundo.

JULIÁN Hoy es gran día, Román;  
unos entran en el mundo,  
y otros del mundo se van.

ALBERTO (Se levanta dando señales de embriaguez.)

¡Fanáticos! El amor  
no es el fantasma de un sueño,  
del viento azotada flor.....

(Risa general.)

ROMÁN Poeta predicador,  
¿Adónde vas con tu empeño?

JULIÁN Déjale, siga el sermón:  
sigue, inspirado profeta,  
tu noble predicación;  
la fuente de inspiración  
es el ponche del poeta.

ALBERTO A vosotros, prohibido  
ese sublime placer  
por el Señor os ha sido;  
vosotros no habéis bebido  
el amor de una mujer  
en unos ojos de fuego,  
en unos labios rosados,  
cuando os miran extasiados,  
cuando al amoroso ruego  
os besan avergonzados.

Vosotros, hombres de tierra,  
poetas sin corazón,  
cantáis del amor la guerra,  
sin saber el bien que encierra,  
en su inquietud la pasión.

JULIÁN ¡Bravo! ¡Bien! Más no dijera  
un sacerdote de amor;  
sublime es la borrachera.

ROMÁN Otro ataque a la ponchera,  
amante predicador.

ALBERTO Yo quiero amando vivir  
esclavo en dos ojos bellos,  
sin leer más porvenir,  
hasta que llegue el morir  
y expire de amor en ellos.

JULIÁN (Con una estrepitosa carcajada.)

¡Borracho completamente!

Más borracho que los dos.

ROMÁN ¡Oh ponche, tú solamente  
haces que un hombre se ostente  
digno remedo de un Dios!

JULIÁN Yo la he visto, Alberto; es  
una niña angelical.

¡Oh! Cuando con ella estés,  
vístela blanco cendal  
de la cabeza a los pies.

ALBERTO Si, por cierto, y lo merece;  
es un ángel indeciso,  
que en la tierra de improviso  
por vez primera aparece,  
bajando del Paraíso.

Delicada como aroma  
de retoñado jardín,  
rosada aurora que asoma.....

JULIÁN Una hurí para Mahoma,  
para Cristo un querubín.

ALBERTO ¡Silencio! No hay más placer,  
más realidad, que el amor;  
no hay en la tierra otro ser  
con el nombre de señor,  
más digno que la mujer.

ROMÁN Sí, una chicuela coqueta,  
insípida y elegante,  
a tal locura sujeta,  
que la echará de poeta,  
y no habrá Dios que la aguante;

Ó una habladora sin tino  
de paseos y de modas,  
que a la mitad del camino  
te mienta un amor divino,  
y te engañe como todas.

JULIÁN ¡Cuidado, que le ha cogido

de medio a medio la mona!  
ROMÁN ¡Y estaba tan comedido!

JULIÁN La cabeza del marido  
pronostica su corona.

¡Oh siglo matrimonial,  
siglo de paz y de amores,  
centuria patriarcal,  
en que los hombres mejores  
lo suelen hacer más mal!

Siglo que pasas cantando,  
cantas gimiendo y llorando,  
lloras haciendo piruetas,  
en tus horas arrastrando  
un enjambre de poetas:

Hoy se despide de ti  
con solemne borrachera  
un poeta que te diera  
más versos, que gozo a mí  
el alma de una ponchera.

Y no pienses que te deja  
para un hábito endosar,  
que es pereza que le aqueja,  
es porque quiere dejar  
morirse al alma de vieja.

ROMÁN Por cierto, todo es locura  
en este mundo vacío;  
sin trabajo y sin ventura,  
pasaré una vida obscura.....

(Julián se ríe.)

¿Te ríes? Pues yo me río.

(A Alberto.)

Enamorado sublime,  
tú te duermes, ¡vive Dios!

JULIÁN Otra ponchera le anime.

ROMÁN ¿No es cierto que tú estás, dime,  
más borracho que los dos?

JULIÁN Los fantasmas en tu mente  
bullen de tus amoríos:  
alza ¡oh poeta demente!  
la matrimónica frente,  
pese a estos tiempos impíos.

ALBERTO Basta ya, no me aturdáis;  
por más que ambos me digáis,  
yo me he de casar al fin.

JULIÁN ¡Felices los que encontráis  
una mujer serafín!

ROMÁN Para mí todas iguales,

fuentes de placeres son,  
que nos prestan liberales  
un paraíso de males  
y un infierno de pasión.

Que sea bonita ó fea,  
que sea noble ó villana,  
las amo de buena gana.  
¿Qué importa lo que ella sea  
si la he de dejar mañana?

JULIÁN Yo tengo por las más bellas,  
las de amores de querellas,  
atrevidas españolas.....

ROMÁN ¿Cachetinas de manolas?

¡Pues si me alampo por ellas!

(Volviéndose a Alberto, que está pensativo.)

No, señor, no hay que dormir  
a pretexto del licor;  
al oído hemos de ir  
a predicarte el amor  
hasta que le hayas de oír.

Ese amor como un torrente  
que roe el alma y la mente,  
nunca, Alberto, lo encontré:  
ese amor, convéncete,  
es el amor de un demente.

ALBERTO ¡Pluguiera a Dios que algún día  
sintierais esa pasión  
con su insufrible agonía,  
bullendo en el alma impía,  
desgarrando el corazón!

JULIÁN Lo que bulle, Alberto, en  
es el ponche.

ROMÁN ¡Vive Dios!

¡Amores!

(Una ruidosa carcajada.)

Entran en mí,  
por lo menos dos a dos;  
nunca en un amor creí.

Las bellas son inconstantes,  
ingratas y veleidosas;  
las sabidas y elegantes  
son vanas y extravagantes,  
y las feas envidiosas.

Cuando el ron brilla en los ojos  
y hace dos de una ponchera,  
la más fea es hechicera;  
ninguna nos causa enojos

y es la pasión verdadera.

Bebamos, pues; no hay amor.

JULIÁN Es un fantasma soñado,  
quimérico, engañador.

ROMÁN La mujer entre el vapor  
quiero del ponche abrasado.

JULIÁN Bien dicho; no hay más amores  
que el fuego de los licores,

(A Alberto.)

entusiasta visionario.

(Alberto, vacilándole las rodillas, dice con el más marcado desprecio:)

¡Nunca brotaron las flores  
en asqueroso calvario!

(Se arroja sobre una silla completamente borracho.)

(Julián y Román ríen a carcajadas.)

JULIÁN ¡Pesado el ponche le fue!

Borracho está, ¡por mi vida!

ROMÁN Es que en la mente dormida,  
la imagen de su querida  
no le deja estar en pie.

(Llaman misteriosamente a la puerta. Román mira por la cerradura.)

¡Chis! ¡Silencio! Una mujer.....

Ocultaos, me interesa....:

una niña portuguesa  
a quien dejó antes de ayer.

JULIÁN Y ALBERTO Ábrela.

ROMÁN (Empujándolos.)

Ocultaos.

JULIÁN Pues;

y contigo abandonada.....

ROMÁN No repliquéis; es casada,  
su marido es portugués.

(Se ocultan en la alcoba de la derecha.)

## ESCENA V

ANA y ROMÁN

ANA (Ana, entrando.)

Bien me hicistes aguardar.

¿Qué significa esta ausencia?

Faltóme ya la paciencia,  
y al fin te vengo a buscar.

Una enfermedad creí  
que te agobiara, mas veo  
que lo pasas a deseo  
sin acordarte de mí.

Y ¿ese ponche.... ¿Estaban, pues,

otros amigos? Veamos.....

Proseguid.

ROMÁN No, lo dejamos  
para concluir después.

ANA ¿Cuándo?

ROMÁN Cuando vos salgáis.

ANA Pues ¿tanto acaso os impido?

ROMÁN Sí, porque yo me despido,  
y mi marcha retardáis.

ANA ¿Te despides?

ROMÁN Sí, por cierto.

Y ¿adónde vas?

ROMÁN No lo sé.

ANA Y ¿hasta ahora.....

ROMÁN ¿Para qué?

Aun era mi viaje incierto.

Yo no os lo pude advertir....;

ello es obra del destino.

ANA No te comprendo.

ROMÁN ¿Hablo en chino?

Mañana voy a partir.

ANA Pues ¿cómo? ¿Dónde? ¿Por qué?

ROMÁN Porque me cansa Madrid;  
voy a Valencia del Cid,  
y el cómo, aun yo no lo sé.

ANA ¡Ingrato! Y con tanto amor.....

ROMÁN Nunca, señora, os he amado.

ANA ¡Infame! ¿No lo has jurado?

ROMÁN Soy de oficio jurador.

ANA ¡Ingrato! ¿Tanta pasión  
no ha podido hacerte amar?

¿Ni un recuerdo ha de guardar  
de mi amor tu corazón?

Yo te amé porque me amabas,  
me lo juraste y mentías;  
si entonces no me querías,  
¿por qué, traidor, me engañabas?

¿Tal juramento olvidaste  
para abandonarme así?

No, mi honra no te di;

Tú, Román, me la quitaste.

Vuélmela, que no es tuya,  
ó dame otra vez tu amor.

ROMÁN Y ¿quedaremos mejor  
cada uno con la suya?

ANA (Con rabia.)

Oye: un hombre que detesto,

para casarme buscaron;  
a él a la fuerza me ataron,  
pero no bastó con esto.

Ya estaba casada yo  
cuando en Córdoba te vi;  
todo lo dejó por ti,  
que por tu fortuna no.

Tú mentiste tu pasión  
con palabras tan de fuego,  
que en ellas se abrasó luego  
el amante corazón.

Y cuando el perjurio Sí  
me recordó mi marido,  
le dije: «Mío no ha sido,  
que otros le dieron por mí.

Entonces era el amor  
la pasión que me cegaba,  
pero ahora es.....

ROMÁN (Sonriendo.)

Bien, acaba.

ANA La venganza de mi honor.

De aquí no me he de mover  
sin honor ó sin venganza;  
veremos adónde alcanza  
la venganza en la mujer.

ROMÁN Y si débil tu virtud.....

ANA Virtud no necesité.....,  
que a un hombre a quien nunca amé,  
vendieron mi juventud.

¿No tenía yo derecho  
acaso a sentir jamás  
lo que sienten los demás,  
cuando brotó aquí en mi pecho?

Dios puso en el corazón  
de amor la violenta llama;  
díjole al crearle: «Ama»,  
y encerró en él la pasión.

Yo nunca tuve más de una,  
y a ti te la dio mi estrella;  
no quiero tener más que ella,  
y después de ella ninguna.

Y pues mía mi honra es,  
consérvala ¡por tu vida!  
porque tal vez te la pida  
con más ventaja después.

ROMÁN Con harta paciencia oí  
tantos insultos, señora;



y, ¡por mi vida! que ahora  
no sé qué queréis de mí.

Yo ya no soy el Román  
que fuí, señora, hasta ayer;  
me canso de querer ser  
lo que otros por mí serán.

Que, ó porque malo soy yo  
para el mundo, ó porque él  
sea conmigo cruel,  
no quiero más mundo, no.

Hoy le dejo, y con él todo,  
hasta que, al fin, carcomida,  
caiga en su nada la vida.....

(Mostrando los vasos)

Y emprendo el viaje beodo.

En fin: ya no soy poeta,  
ni músico, ni pintor,  
y por el mayor amor  
no diera ya una pirueta.

Ni soy el mismo de ayer,  
ni como ayer siento ya;  
conque vuelvo, claro está,  
al marido la mujer.

ANA (Señalando a los vasos.)

Si ese remedio sabías  
para apagar el amor,  
¿por qué en el alma el dolor  
tanto tiempo mantenías?

¡Imbécil! Tú me jurabas  
que iba a matarte tu pena,  
y, de la ficción ajena,  
te creí porque llorabas.

Es una disculpa vana  
ahogar el amor, ¡quimera!  
Y agotas una ponchera  
dejando el mundo mañana.

Loco, ¿es esa la suerte impía  
con que te agobia el destino?

¿Es ese el fuego divino  
de la noble poesía?

¿Es esa, di, la expresión  
de tu mortal amargura,  
de esa eterna desventura  
que roe tu corazón?

¡Y mientras lloraba yo,  
tú estabas en una orgía!

ROMÁN Del mundo salir debía.

ANA Y el mundo te rechazó.

Vosotros sois el veneno  
de una vieja sociedad,  
parodias de adversidad,  
carcoma del bien ajeno,  
cieno de un alma viciada,  
que vais mendigando un nombre  
con que a los ojos del hombre  
vestir de oro vuestra nada.

ROMÁN ¡Tremenda cosa es nacer  
en un mundo indiferente,  
que ha de tachar de demente  
lo que no ha de comprender!

ANA El mundo os comprende, sí,  
esa soñada amargura,  
y deja vuestra locura  
por haber tantas así.

Pero, Román, yo deliro.  
¿Me escuchastes? ¡Oh! ¡Perdón!  
(De rodillas.)

Tú estás en mi corazón  
y en el aire que respiro.

Yo sin ti no he de vivir,  
a la ley he de apelar;  
porque las leyes, amar  
no pueden, no, prohibir.

Tú serás libre conmigo,  
y si no quieres mi amor,  
déjame al menos mi honor,  
que yo le tendré contigo.

¡Desdichada!

ROMÁN ¡Ambos, a fe,  
somos a cual más aquí!

(Llaman a la puerta.)

ANA Román, Román, hele ahí.

¡Por Dios vivo, ayúdame!

(Llaman otra vez)

ROMÁN A la otra puerta, que es tarde.

PEREIRA (Dentro.)

¡Abrid!

ROMÁN Perdone por Dios,  
hermano.

PEREIRA ¡Abrid!

ROMÁN Y van dos.

Idos en paz, Dios os guarde.

ANA ¡Mi marido! ¡Oh, compasión!  
Me mata de una estocada.

(Román la toma de la mano y la esconde en una alacena que habrá a la izquierda)

ROMÁN Aquí. ¡Si es de alma porfiada,  
bajará por el balcón!

(La oculta.)

¡Maldita sea mi estrella!  
Hoy lo pierdo todo yo,  
y hoy tal vez, porque me amó,  
vida y honor pierde ella.

(A Alberto y Julián.)

Salid; ya está el portugués  
a la puerta.

JULIÁN ¡Bravo apuro!

¿Está el pájaro seguro?

ROMÁN Ya lo veremos después.

(Vuelven a sentarse y beben.)

PEREIRA (Dando golpes a la puerta)

Abrid, ó ¡por Dios bendito,  
que voy a arrancar la puerta!  
(Román descorre con mucho tiento el cerrojo.)

ROMÁN ¡Estúpido! Si está abierta,  
¿por qué nos dais tanto grito?

#### ESCENA VI

ANA oculta; ROMÁN, JULIÁN y ALBERTO, sentados al velador; PEREIRA, embozado.

PEREIRA ¿Paréceles bien, señores,  
hacer a un hombre aguardar  
del honor mío?

Ignoráis que andan dolores  
que pudiera bien tomar  
con este frío?

ROMÁN ¡Delicado viene un hombre!

Podéis decir vuestro nombre,  
y si os place,  
os suplico que os sentéis.

JULIÁN Y que noticias nos deis  
del tiempo que hace.

PEREIRA ¿Tenéis en saberlo prisa?

Tal vez pese ¡voto a Dios:  
mucho mi nombre.

ROMÁN Casi el oíros da risa;  
por mucho que os pese a vos,  
parecéis hombre  
que arrastrarlo bien podéis.

PEREIRA Que lo arrastro ya lo veis.

JULIÁN ¡Viven los cielos!  
Vos padecéis algún mal!

PEREIRA Cierto, y terrible y mortal.

ALBERTO Con estos hielos  
no tiene nada de extraño.

JULIÁN Pues en ese caso, amigo,  
cuidaos mucho.

Mirad que os puede hacer daño.....

PEREIRA ¿El tiempo que estáis conmigo  
y el que os escucho?

JULIÁN Sí, por cierto; mas bebed.

PEREIRA Mil gracias, no tengo sed;  
os lo agradezco.

ROMÁN Decid al fin qué queréis,  
si este favor que me haréis  
de vos merezco.

PEREIRA (Acercándose a Román.)

¡Tengo celos!

(Risa general.)

ROMÁN ¡Por mi vida  
que habéis errado la casa!

JULIÁN El otro cuarto  
será el de vuestra querida.

PEREIRA Tengo la paciencia escasa

JULIÁN ¡Me tenéis hartos!

ROMÁN Parece su señoría  
natural de Andalucía,  
en lo atrevido.

JULIÁN Ó márchese en el momento,  
ó diga, en este aposento  
qué se ha perdido.

PEREIRA ¿No lo habéis adivinado?

Una mujer busco aquí  
que entró hace poco.

JULIÁN (Riéndose.)

Ya, desde que habéis llegado,  
de verás me convencí  
que estabais loco.

PEREIRA (Con resolución.)

Aquí ha entrado una mujer.

ROMÁN (Con frialdad.)

Todo el cuarto podéis ver.

JULIÁN Vuelvo a decir  
que estáis loco de remate.

ALBERTO Dejad ese disparate;  
ya os podéis ir  
a la calle.

JULIÁN ¿Una querida  
venís a buscar aquí?

Chicos, vamos,  
esto es ya cosa perdida.  
El rostro en ponche por mí  
le bañamos.  
ALBERTO ¡Famosa idea, por Dios!  
Le sacamos entre dos  
muy formalmente,  
y le curamos su mal  
llevándole al hospital  
por demente.

ROMÁN ¡Ea, fuera!

JULIÁN ¡Majadero!

¿Venís de cobrar baratos  
a hacer papel?

ROMÁN Idos de aquí, caballero.

JULIÁN ¡Á la cabeza los platos!

¡Fuera con él!

(Julián haga ademán de tirar los platos; Pereira coge la mano de Román y le aparta de los demás, diciéndole con rabia:)

¿Conócesme?

ROMÁN No, por cierto.

PEREIRA. Pues oye: si esa mujer  
está aquí, y llego a saber la verdad,  
date por muerto.

ROMÁN (Levantándose.)

Ya nos podemos batir,  
que aunque oculta la tuviera,  
sólo cadáver saliera;  
sin ella, a fe, te has de ir.

PEREIRA ¿Eres valiente?

ROMÁN No sé.

PEREIRA ¿Y te batieras conmigo?

ROMÁN Nunca evito un enemigo.

PEREIRA ¿Hubieras temor?

ROMÁN ¿De qué?

PEREIRA Eres niño.

ROMÁN ¡Vive Dios,

que aquí mismo lo veamos!

¡Atrás!

(Tomando los floretes.)

PEREIRA. Piénsalo.

ROMÁN Riñamos;

que muera uno de los dos.

(Se ponen en guardia. Alberto se pone entre los dos. Ana quiera salir del escondite, y Julián la detiene, apoyándose de espaldas contra la alacena)

JULIÁN Prudencia, señora.  
ANA ¡Cielo!  
JULIÁN Mirad que es vuestro marido.  
ALBERTO Caballeros, prohibido  
por las leyes está el duelo.  
Batíos en campo raso.  
ROMÁN Aparta, ó de una estocada...  
ALBERTO ¡Silencio!  
PEREIRA (Tirando el florete.)  
No tiras nada.  
ROMÁN De aquí no has de dar un paso  
sin que me mates ó mueras.  
PEREIRA Tienes la sangre caliente,  
eres joven y valiente  
como sois los calaveras.  
Me marchó, y vuelvo a decir  
que si está aquí mi mujer,  
Dios mismo no ha de valer  
para dejarte vivir.  
JULIÁN (Al tiempo de marcharse Pereira.)  
Y si él solo harto no es  
para tan bravo enemigo,  
nos batiremos contigo,  
uno tras otro, los tres.

#### ESCENA VII

ROMÁN, JULIÁN, ALBERTO y ANA, escondida.

JULIÁN Humos traía.  
ALBERTO Y los lleva.  
JULIÁN Con ese aire de matón,  
tiene, apuesto, un corazón  
tan blando como una breva.  
ROMÁN ¡Famosa es mi despedida  
de este mundo fatigoso;  
nunca me pareció hermoso  
sino al exponer la vida!  
Bien: volveremos a ver  
ciertamente a ese matón;  
¿qué arriesgo yo en la función?  
Nada tengo que perder.  
JULIÁN ¿Otra vez te has de batir?  
ROMÁN Doquier que nos encontremos.  
JULIÁN Ambos por ti lidiaremos.  
ALBERTO Y acabamos de sufrir.  
ROMÁN ¡Silencio!  
(Abriendo la alacena donde está Ana.)

Salid, señora:  
vida y honra os defendí,  
y, a lo más, dentro de un hora  
parto muy lejos de aquí.

A veros no volveré;  
suplícoos, pues, que digáis  
dónde ocultaros queráis,  
que yo os acompañaré.

ANA (Llorando.)

¡Ay de mí, Román!

ROMÁN

Dejemos

suspiros y llantos, Ana;  
el sol que saldrá mañana,  
juntos los dos no veremos.

Esta casa abandono hoy,  
y el mundo dejo con ella;  
mi dichosa ó mala estrella,  
indolente a esperar voy.

Sin amigos, sin amores,  
sin ningún vínculo aquí,  
habrán de pasar por mí  
horas acaso mejores.

(Pausa de un momento.)

¿Qué decís? ¿Puedo hacer más  
El camino equivoqué.  
Inútil me confesé,  
y humillado vuelvo atrás.

ALBERTO Román, ¿no hay remedio alguno?

ROMÁN Ninguno encuentro.

ANA (De rodillas)

¡Ah! ¡Por Dios!

ROMÁN Alzad, que me es importuno.

JULIÁN Si ello, Román, ha de ser,  
y tan a pechos lo quieres,  
tú te sabrás lo que eres  
y lo que puedes poder.

ROMÁN Salgamos.

ANA ¿Y mi marido?

ROMÁN No temáis entre los tres.

JULIÁN Obscura la noche es  
y lluviosa.....

ROMÁN Se habrá ido.

ANA De aquí no salimos, no.....

ROMÁN Pues ved lo que habéis de hacer....

ANA Que no tengo aquí de ser  
la que pierda sola yo.

ROMÁN Ana, si erré mi camino,

¿no es el dolor para mí,  
que mi corazón creí  
lleno de un fuego divino?

Ni esperanza, ni fortuna,  
quedó ya en el pensamiento.  
ANA ¡Ni el alma en el pecho siento!

ROMÁN Vamos; ha dado la una.

(Apaga las luces, y vanse todos, cerrando la puerta por fuera.)

Acto segundo

UNA MUERTE POR HONOR

Un jardín de una posesión de Alberto en Valencia; en el fondo un cenador; a la derecha una pequeña puerta casi obstruida con brezos y maleza. Una hora antes de anochecer.

ESCENA PRIMERA

ROMÁN Tremenda cosa es nacer  
sin poder adivinar  
en este revuelto mar  
qué playas hemos de ver;  
tremenda cosa es querer  
lo que en el alma bullir  
sentimos, al percibir  
que es nuestra ánima inmortal,  
puestos en un arenal,  
sin saber dónde acudir.

Apenas a luz salimos,  
engaños y error probamos;  
dondequiera que miramos,  
notamos que nos perdimos.

Una fantasma seguimos,  
que sólo soñando vemos:  
vacío si la tenemos,  
si la perdemos fortuna.

¡No acertamos cosa alguna  
¡por Dios! desde que nacemos!

Fama y gloria codicié  
porque inmortal me sentí;  
y cuando cerca la vi  
que era polvo imaginé.



Del mismo amor blasfemé;  
juzguéle sueño distante,  
niño, pobre y vergonzante;  
y hoy, que en el alma lo siento,  
conozco, por mi tormento,  
que es rey, tirano y gigante.

¡Ay! Y ¿soy el mismo yo  
que de esa pasión de ayer  
blasfemé, sin conocer  
que hoy la sentiría? No;  
ya mi alma se abrasó;  
castigo del cielo fue,  
que cuando el alma salvé  
de mi ambiciosa inquietud,  
una vida sin virtud  
alucinado abracé.

¡Ay! ¿Porqué nacen tan bellas,  
bajo formas de mujer,  
estrellas que han de hacer ver  
el rigor de las estrellas?  
Si nuestra vida está en ellas  
y allí nuestra eternidad,  
injusticia es, en verdad,  
que viéndolas ¡ay! nosotros,  
nos dejen para ser de otros  
miseria y obscuridad.

Alberto amigo, perdón,  
que cuando tu honor ofendo,  
que es, en mi delirio entiendo,  
mi amor una maldición.  
Errado habrá el corazón,  
pero estaba escrito aquí;  
y hoy, ¡perdón! la adoro, sí;  
que en mi loco desvarío  
eres tú sola, amor mío,  
gloria y cielo para mí.

¡Ángel de paz y armonía!  
Cuando vinistes al suelo  
¿por qué no dejaste al cielo  
el cielo que en ti vivía?  
Pero, ya en la tierra impía,  
tus ojos después de ver,  
¿cómo amar a otra mujer?  
Que si hay ángeles de amor  
junto al trono del Señor,  
ángel, Luisa, debes ser.

ESCENA II

ROMÁN, ALBERTO, saliendo del cenador.

ROMÁN ¿Me oíste Alberto?

ALBERTO A fe mía,  
que amabas te comprendí.

ROMÁN Así dije: no creí  
que nadie me escucharía.

ALBERTO ¿Conque amas?

ROMÁN Sí, por cierto

ALBERTO ¿Sin esperanza, parece?

ROMÁN Sí, que mi amor no merece  
amor como el suyo, Alberto.

ALBERTO ¿No merece? ¿Por qué así?

ROMÁN Porque un amor como el mío.....

ALBERTO Sigue.

ROMÁN Es un amor impío  
hecho sólo para mí.

ALBERTO Menos te comprendo ahora.  
¿No es acaso una mujer?

ROMÁN Que no se puede querer  
y que el corazón adora.

ALBERTO Pues con ser mujer, yo creo  
que hay poder, si ella lo quiere:  
pues que fuere como fuere,  
nunca la mancha el deseo.

ROMÁN Sí la mancilla, es casada

ALBERTO Pues entonces tu razón.....

ROMÁN ¡Vive Dios! El corazón,  
a la razón tiene atada.

Cuando se ama, ¿cómo ver  
como ello es lo que se adora?  
Cuando un hombre se enamora,  
no sabe de qué mujer;

Porque acaso destinado  
un ser para otro ser nace,  
y su mala estrella hace  
que tarde se hayan hallado.

Yo la amo con frenesí  
porque nací para ella;  
pero no quiso mi estrella  
que naciera para mí.

ALBERTO Luego ¿es de otro?

ROMÁN Claro está.

Mas quiso la suerte impía,  
que el amor la hiciera mía.

ALBERTO Y ¿te ama?

ROMÁN                Lo dije ya.

ALBERTO    Y ¿eso lloras?

ROMÁN                Eso lloro;

porque el amar y el morir  
no se puede en dos partir,  
y yo parto lo que adoro.

ALBERTO    Y ¿habré de saber si es  
mujer de tal condición.....

ROMÁN    Que se arrastra el corazón  
desesperado a sus pies;

    que es noble, rica y ajena.

Anciano en mi juventud,,  
nací pobre, y sin virtud  
que oponer, a tanta pena.

    Sufrí borrasca espantosa  
de pasiones encontradas,  
que estuvieron encerradas  
en un alma irreligiosa;

    porque mi existencia inquieta  
con impaciencia sufrí,  
y hoy heme gusano aquí,  
con corazón de poeta;

    que el mundo surcando voy  
en pos de un ángel mujer  
que es mía, y no la he de ver  
por no ser yo lo que soy.

ALBERTO    ¡Desgraciado! Al fin comprendes  
el rigor de tu fortuna,

y a esa fantasma importuna  
tu misma mano le tiendes.

    Mucho, sí, quisiste ser,  
mucho hubiste de dejar,  
que para a mucho llegar,  
mucho es preciso querer.

    Y hoy te ves triste, indeciso  
en un vacilar eterno,  
con el alma en un infierno,  
la vista en un paraíso.

ROMÁN    ¡Un paraíso! Y jamás  
habré yo de entrar en él.

    ¡Un paraíso de hiel!

ALBERTO    Que al fin de apurar habrás.

ROMÁN    ¡Apurarlo! Ya lo sé.

    Tal tormento se me alcanza  
sin gloria, sin esperanza.....

ALBERTO    Sin esperanza, ¿por qué?

ROMÁN    Porque vinimos al suelo

con un corazón que encierra  
la miseria de la tierra,  
la ambición de todo un cielo.

¿Por qué no nos dio una estrella  
Dios, que en esta obscuridad  
mirando su claridad,  
nos guiáramos por ella?

Pero nacer a sufrir,  
sufrir y el término errar,  
llegar el día de amar,  
y al tiempo de amar, morir.....

injusto es, Alberto, a fe.  
ALBERTO (¡Desgraciado! Loco está;  
no piensa en lo que será,  
y, ha olvidado lo que fue.)

¿Y hoy el mismo Román eres  
que no creías ayer  
que el amor a una mujer  
más es pasión que placeres?

Tarde al fin has conocido  
que amor nuestro pecho encierra.  
ROMÁN Tanto esa idea me aterra,  
que quiero no haber nacido.

ALBERTO Tal vez es tarde, Román;  
mas a curar ese amor,  
tiempo y lágrimas serán  
la medicina mejor.

ROMÁN Lágrimas, Alberto, no;  
las derramé en la niñez:  
vertílas ¡ay! de una vez,  
y ya no las tengo yo.

Cuando el corazón espera,  
lágrimas tal vez derrama;  
cuando ajeno es lo que ama,  
no llora, que desespera.

ALBERTO ¿Tal es en tu corazón  
esa hoguera en que se abrasa?

ROMÁN De lo imaginable pasa el  
fuego de mi pasión.

ALBERTO ¿Tan violenta?

ROMÁN Es un volcán.

ALBERTO ¿Ninguna razón la aquieta?

ROMÁN Y ¿quién a la mar sujeta?

ALBERTO ¡Ah! Tú eres grande, Román:  
más que el amor es la gloria;  
busca gloria y no el amor;  
esa página de error

bórrala, de la memoria.

ROMÁN ¡La gloria! Efímero nombre,  
cuyo seductor aliño  
deslumbra el alma del niño,  
pero no el alma del hombre.

¿Qué me importa ese laurel,  
si en llegándole a alcanzar,  
tampoco tengo de hallar  
sino amarguras en él?

El nombre: cualquiera es bueno  
si todos de muerte igual  
son la sentencia fatal,  
y abrigan dentro veneno.

ALBERTO Román, es fuerza vivir,  
y vivir sin esperar,  
que no podemos amar  
lo que es de otro.

ROMÁN Pues morir.

ALBERTO Morir, Román, es no ser,  
y en el no ser no hay amor;  
otro remedio mejor  
a la mano hay que tener.

ROMÁN ¡Vivir sin amar! Mentira.

Dile al ave que no cante,  
dila que el vuelo levante  
sin el aire que respira.

Dile que paro al torrente  
al borde de la cascada;  
dila que quede estancada  
sobre la peña la fuente.

ALBERTO (Con decisión.)

Román, no amar es preciso.

ROMÁN Sin amar, ¿como vivir?

Es un infierno sufrir,  
con aura de paraíso.

ALBERTO ¿De vivir no hay más camino?

ROMÁN No hay otro.

ALBERTO Piénsalo bien.

ROMÁN Ley tan tiránica, ¿quién  
dar puede?

ALBERTO Yo y tu destino.

ROMÁN ¿Quién eres tú? ¡Vive Dios!

ALBERTO Imbécil, Alberto soy,  
que entre ti y tu amor estoy,  
y el destino entre los dos.

ROMÁN ¡Cielos! ¿Y Yo mismo fui  
quien se lo dije? Estoy loco;

toda mi existencia es poco  
para pagarle, ¡ay de mí!

(Román desde este momento parece perder el juicio. Al Penúltimo verso de esta escena cree ver un fantasma, y fijando los ojos en Alberto, dice aterrado:)

La Muerte avara y cruel  
me hubiera al fin consumido,  
si los días que he vivido  
no se los debiera a él;.

a él, fantasma furioso  
que entro los dos te levantas  
para abrírnos a tus plantas  
un precipicio espantoso.

Sombra airada que tu huesa  
dejaste por mi tormento,  
si ves en mi pensamiento  
el pensamiento que pesa,  
y tu perdón no merezco,

amigo a quien yo vendí.....  
¡Alberto, huyamos de aquí!.....

ALBERTO ¡Infeliz! Te compadezco.

### ESCENA III

ALBERTO ¡Maldita ambición de ser  
más de lo que puede un hombre!

¡Maldita ambición de un nombre  
con que no hemos de poder!

Contento, ignorado ayer,  
esperabas otro día,

Y hoy en tu frente sombría  
sentado el abatimiento,

te saca tu pensamiento  
a la odiosa luz del día.

¡Es tarde, esperanza vana!

Tu quimérica pasión  
se apagó en el corazón  
en hora ¡por Dios! temprana.

Vino el estéril mañana,  
ya de ilusiones vacío,  
dudó el corazón impío,  
y la esperanza se hundió:  
arroyo que se perdió  
entre las ondas de un río.

(Abre el cenador y sale Luisa.)

### ESCENA IV

LUISA y ALBERTO

ALBERTO ¿Le oíste? En su amargura,  
él a confesarlo vino:  
amarte fue su destino,  
amarle tú fue locura.

LUISA Alberto, saben los cielos.....

ALBERTO Mucho los cielos sabrán,  
cuando a los que aman dan  
el tormento de los celos.

LUISA ¡Perdón, Alberto! Está loco,  
al borde del precipicio.

ALBERTO Un pequeño sacrificio  
que los costaba tan poco.

LUISA Por Dios, tranquilo repara.....

ALBERTO ¡Silencio digo, perjura!

Tú el amor y él la locura,  
me habéis de pagar bien cara.

LUISA ¡Perjura! Mi corazón,  
¿a quién diera sino a ti?

¿Tanto en llorar te ofendí  
su terrible situación?

¿No era tu amigo mejor?  
¿No te debe su existencia?  
Y tenerle en tu presencia,  
¿no era tu gozo mayor?

Si en compadecerle erré,  
y él puso su amor en mí,  
él que amaba pecó, sí,  
mas yo que escuchaba, ¿en qué?

ALBERTO Si le oíste, ¿por qué luego  
de ti no le rechazaste?

¿En sus ojos no miraste  
de amor el osado fuego?

LUISA Le vi, pero contemplé  
un hondo abismo detrás,  
y un poco que huyera más,  
faltara a la tierra el pie.

Oí su amoroso ruego,  
mucho de él compadecida,  
que en ello le iba la vida  
y se la arrancara luego.

¿Tengo yo culpa, por Dios,  
de que su alma violenta  
no pueda vivir contenta  
sino dividida en dos?

Recatada habré de ser

con él, pero ingrata no;  
que si casada soy yo,  
nacé primero mujer;  
y nunca he de rechazar  
un corazón desdichado,  
que a buscar viene a mi lado  
un sitio donde llorar.

Mucho ofendiste mi honor  
cuando imaginar pudiste  
que el amor que tú me diste  
vendiera por otro amor.

Que si por cariño no,  
ni por otro miramiento,  
por cumplir mi juramento,  
tu honor te guardara yo.

ALBERTO ¡Y él frenético te ama!

LUISA ¿Qué daño me hará una hoguera  
de que no siento siquiera  
el resplandor de la llama?

ALBERTO ¿Conque no le amas?

LUISA Por cierto.

¿Tú lo pudiste pensar?  
¿A quién Luisa habrá de amar  
después de amar a su Alberto?

(Llora.)

ALBERTO Mi vida, perdóname,  
que en pensarlo te ofendí;  
los celos dentro de mí  
a sofocar no alcancé.

Tú no sabes, vida mía,  
lo que es amar, para ver  
el amor de una mujer  
pasar como el sol de un día;  
imaginar que, tranquila,  
escucha otro nuevo amor,  
y en el nuevo adorador  
vierte luz de su pupila.

Porque tus ojos ¡oh Luisa!  
la luz del sol arrancaron,  
dióte el alba su sonrisa  
y tus ojos alumbraron.

Tus ojos ¡ay! me hechizaron,  
¡hija del cielo español!  
Si así alumbró tu arrebol,  
¿cómo sufrir que, importuno,  
gozar pudiera hombre alguno  
toda la luz de tu sol?



LUISA ¡Mi esposo!

ALBERTO ¿Tuyo me llamas?

¡Oh! Tuyo, alma mía, sí,  
que vida no siento en mí  
Sino porque tú me amas.

LUISA Dulce bálsamo derramas  
en mi corazón, Alberto,  
con tus palabras, que cierto  
tú me llamaste perjura,  
y de esa voz la amargura,  
acaso me hubiera muerto.

ALBERTO ¡Hermosa! Porque te adoro,  
porque no vivo sin ti,  
todo el veneno sentí  
De los celos.

LUISA Y ese lloro,  
amor destilado en oro  
que en tus párpados se mece,  
¿todo mi amor no merece?  
¡Oh! Tu labio me lo dice.....

ALBERTO Y el corazón te bendice  
cuando mi labio enmudece.

Cuando lloro es porque callo,  
que callo y lágrimas vierto;  
porque a hablarte con acierto,  
hartas palabras no hallo.  
Inútil es intentallo,  
que si inconstante te miro,  
apenas hablas, te admiro;  
y pueden tal tus razones,  
que no hallo reconvenciones;  
te admiro, callo y suspiro.

(Durante la décima anterior, Román ha cruzado el fondo del teatro, y dice al tiempo de desaparecer:)

¡Gózala en paz! Tuya es.  
Para ti tiene ella amor,  
que para mí, aterrador,  
abre un abismo a sus pies.  
Si hay otro mundo después,  
allí he de seguirla en pos,  
que acaso disponga Dios  
que cuando un ser ama aquí,  
después de la muerte, allí  
hayan de amarse los dos.

(Al alejarse Román, vuelve Luisa la cabeza y queda con los ojos fijos en él)

LUISA Hele allí, sobre su frente

lleva su destino impío,  
su pensamiento sombrío  
bullendo eterno en la mente.

Loco está, pero inocente.

ALBERTO Y ¿qué más pude yo hacer?

Le di mi casa, mi haber;  
le di oro, independencia;  
y él, en su ciega demencia,  
codicia hasta mi mujer.

LUISA De nobles es perdonar;  
pues que todo lo perdió,  
Alberto, si te ofendió,  
enséñale tú a olvidar.

ALBERTO ¿Y lo que él ha de penar?

LUISA Ese será su castigo.

ALBERTO Aunque ingrato fue conmigo,  
respetaré su dolor,  
que vale tanto el honor  
como la paz de un amigo.

Ya está, Luisa, perdonado;  
tú, amor mío, abrázame  
y perdona.

LUISA ¿A ti? ¿De qué?  
¿Es delito haberme amado?

## ESCENA V

LUISA Ya era tiempo, desdichado,  
de conocerte a ti mismo,  
de tu indolente egoísmo,  
de tu avara ceguedad,  
no es madre la sociedad,  
es la puerta de un abismo.

## ESCENA VI

LUISA y ROMÁN

Román vuelve a cruzar la escena y se queda inmóvil, los brazos cruzados, mirando a Luisa.

LUISA ¿Qué hacéis?

ROMÁN ¡Qué he de hacer! Llorar.

LUISA ¿Llorar? No alcanzo razón.

ROMÁN ¡Ah! Vuestra conversación  
os acabo de escuchar,  
y me partió el corazón.

LUISA Puesto que la habéis oído,  
nada os tengo que decir;

veis que amiga vuestra he sido.

ROMÁN Los que en tal signo han nacido,  
más les valiera morir.

Amistad le dais ahora  
a un alma que tanto os ama;  
mal con un vaso, señora,  
se apaga devoradora  
del vasto incendio la llama.

Nunca los que amor sintieron  
en amistad le cambiaron.

LUISA Pero olvidar le supieron  
cuando inútil le juzgaron.

ROMÁN Si eso os han dicho, mintieron.

No sabe lo que es amar  
quien reconoce el olvido,  
que amor se puede ocultar,  
mas no se puede olvidar  
cual si nunca hubiera sido.

LUISA Pues ocultadle en el pecho,  
y nunca más lo digáis.

ROMÁN Si a amor no tengo derecho,  
mal, señora, me pagáis  
el daño que me habéis hecho.

Por última vez lo digo:  
te amo; el infierno me fuera  
un paraíso contigo,  
y el infierno más quisiera  
que el epíteto de amigo.

LUISA Y ¿qué más podéis pedir,  
ni qué daros puedo yo,  
si casada he de vivir?

ROMÁN A quien todo se negó,  
¿qué ha de poder exigir?

Mi tormentosa fortuna  
nada me dejó querer;  
soñé una gloria importuna,  
quimeras alcancé a ver,  
pero realidad, ninguna.

Para esto en mi edad temprana  
sueños de flores soñé,  
por ver que esa imagen vana  
un sueño, por cierto fue,  
al despertarme mañana.

LUISA ¡Ciego! Y ese loco amor,  
¿no es más sueño que otro alguno?

Buscad camino mejor.

ROMÁN A otro cariño mayor

ya, señora, no hay ninguno.

LUISA Amad la fama, la gloria.

ROMÁN ¿Qué le importa a un corazón  
desesperado, en la historia  
dejar por nombre un borrón  
en vez de fama y memoria?

Ya sé que el camino erré,  
y que el tiempo que pasó  
no ha de volver ya lo sé;  
pero ya es tarde, y a fe  
que atrás no me vuelva yo.

LUISA Luego ¿qué pensáis?

ROMÁN Amaros.

LUISA Y ¿qué habéis de conseguir?

ROMÁN El placer de idolatraros.

LUISA Y de eso, ¿qué ha de quedaros?

ROMÁN La esperanza de morir.

Si en el amor no creí  
por necedad ó altivez,  
ya que una vez lo sentí,  
la vez primera ¡ay de mí!  
será la postrera vez.

LUISA (¡Compasión siento por él!  
¡No me resuelvo, por Dios!)  
Hay un medio.

ROMÁN ¡Suerte cruel!

LUISA El espacio entre los dos.

ROMÁN (Con desesperación)  
¡Para el sediento es la hiel!

LUISA Inútil es vuestro amor  
cuando estoy, Román, casada.

ROMÁN ¿Y ese es el medio mejor?

LUISA Yo no encuentro medio a nada  
cuando en ello va el honor.

Pensad desde este momento  
esa quimera borrar  
del alma y el pensamiento,  
que yo di mi juramento  
a mi esposo en el altar.

ROMÁN (Cerróme toda esperanza  
de vivir la avara suerte.)

LUISA Todo del tiempo se alcanza.

ROMÁN Si no cede la balanza  
por el lado de la muerte.

LUISA ¡La muerte!

ROMÁN Y ¿qué resta ya  
a quien todo lo perdió?

LUISA No, nunca desesperó  
el justo.

ROMÁN Y ¿quién os dirá  
que de esos justos soy yo?

LUISA (¿Tengo yo, cielos, de ser  
quien de su felicidad  
la esperanza he de romper?  
¡Maldita la sociedad  
en donde nació mujer!)

ROMÁN (Echándose a sus pies.)  
¿Lloras, hermosa?

LUISA (Con energía.)  
¡Insensato!

No lloro, que considero  
de un marido caballero  
y un galán con él ingrato,  
que el marido es lo primero.

## ESCENA VII

ROMÁN ¡Ya mis sueños se apagaron!

Los fantasmas de la vida  
uno a uno se borraron  
y ya nunca volverán.  
¡Seis meses! Madrid, Valencia,  
en sueños ó realidades,  
como tremenda sentencia  
el alma royendo están.

¡Seis meses! En mi memoria  
han encendido una hoguera;  
todo un porvenir de gloria  
está quemándose allí:  
es muy tarde; sin amores,  
sin porvenir ni esperanza,  
esa corona de flores  
es de espinas para mí.

Perdí la luz de mis días  
en ilusiones pueriles,  
de mis horas juveniles  
tengo sólo...una pasión;  
y esa pasión imposible,  
ese pensamiento eterno,  
me pesa como un infierno  
a plomo en el corazón.

Partiré lejos, muy lejos,  
que el sol de mi amarga vida  
con los últimos reflejos

alumbra el cuerpo mortal.  
¡Adiós, Luisa encantadora!  
¡Adiós, ofendido amigo!  
Oí la tremenda hora....  
tocaban a un funeral.

#### ESCENA VIII

ROMÁN sentado en actitud de la más profunda meditación. PEREIRA entrando por la puerta falsa en traje de camino.-Es completamente de noche.

PEREIRA Salud, amigo.

ROMÁN ¿Quién va?

PEREIRA Una antigua relación  
que ya desde otra ocasión  
reconocida os está.

ROMÁN ¿Qué queréis?

PEREIRA Pensadlo vos.

ROMÁN ¿Yo? Por todo un firmamento  
no cambio de pensamiento  
ni para pensar en Dios.

PEREIRA En mal hora creo, a fe,  
que he llegado.

ROMÁN Sí, por cierto.

PEREIRA Ese postigo hallé abierto,  
oí vuestra voz y entré.

ROMÁN Pues bien os podéis marchar,  
porque yo no os quiero oír.

PEREIRA Pues yo os lo quiero decir,  
y me lo habréis de escuchar.

ROMÁN Marchaos digo.

PEREIRA A eso vengo;  
y en cumpliendo mi mensaje,  
otra vez el mismo viaje,  
aunque largo, emprender tengo.

ROMÁN Pues bien: decid, ¿qué queréis?

PEREIRA Vengarme.

ROMÁN (Marchándose bruscamente.)

¿Qué tengo yo  
con tu venganza?

PEREIRA (Deteniéndole.)

¡Eso no!

Quedaos, me ayudaréis.

ROMÁN (Amenazándole.)

Ved que no tengo en la vida  
vínculo que baste alguno.....

PEREIRA Pronto no tendrás ninguno

que malgastarla te impida.

Mira, ¡traidor!

(Descubriéndose.)

ROMÁN ¡Vive Dios!

¡Pereira!

PEREIRA Tú mi honor tienes,  
yo quiero tu alma en rehenes  
por fianza de los dos.

Por eso a buscarte vine  
desde Madrid a Valencia,  
por él grita mi conciencia  
que te mate ó te asesine.

ROMÁN ¡Bueno! En mejor ocasión  
venir por él no has podido;  
en las manos me has caído,  
y sed tiene el corazón.

Vamos.

PEREIRA Espera, porque antes  
una nueva te he de dar,  
que siempre han de interesar  
las nuevas a los amantes.

Era, seis meses hará,  
una noche oscura, fría,  
la lluvia a mares caía.....

ROMÁN Importuno el hombre está.

PEREIRA Tres hombres, ebrios los tres,  
que una dama acompañaban,  
las calles atravesaban.....

Otro venía después.

A la incierta luz escasa  
de un farol agonizante  
se detuvieron delante  
de una miserable casa.

Salió una vieja al encuentro,  
y a la falsa voz de «amigo»  
abrió un estrecho postigo  
y se cerraron por dentro.

Entonces el embozado,  
apoyado en el portón,  
de los que habían entrado  
oyó la conversación.

¿Sabes lo que se trató?

De engañar una mujer;  
yo la acertó a socorrer,  
y a vengarla vengo yo.

Ella te adoraba, sí;  
y pues su honor era mío,

a acabar el desafío  
he venido sólo aquí.

ROMÁN ¿Me hablas a mí?

PEREIRA La maté.

ROMÁN ¿Qué me importa?

PEREIRA ¿Por ventura

No la amabas?

ROMÁN ¡Qué locura!

Nunca tal imaginé.

PEREIRA Luego ¿tú la sedujiste  
tan sólo por liviandad?

Y ella, ¿te amaba?

ROMÁN Verdad.

PEREIRA ¿Es verdad?

ROMÁN Ya lo dijiste.

PEREIRA No en balde para encontrarte  
tanto tiempo me afané;  
que me faltara pensé  
el tiempo para matarte.

\*\*\*

ROMÁN Si me matas, y ha de ser  
por mano de caballero,  
que lleves después espero  
un adiós a una mujer.

PEREIRA Sí, por cierto.

ROMÁN Júralo.

PEREIRA Sobre aquesta cruz de oro.  
¿La amas?

ROMÁN No, que la adoro.

PEREIRA Y ¿te corresponde?

ROMÁN No.

PEREIRA ¡Estúpido! Loco estás.

¿Cuando vengo por tu vida,  
de tu amante despedida  
a hacerme correo vas?

¡Imbécil! La he de decir  
que vives libre, contento,  
y que en veinte años, en ciento,  
no habrás de poder morir.

ROMÁN ¿Por qué, traidor?

PEREIRA Porque así

hago más fatal tu estrella:  
tu vida la enfada a ella,  
y yo me vengo de ti.

(Pereira alarga dos espadas a Román, que toma una. Se baten: Pereira, con serenidad;  
Román, con impetuosa cólera.)



¡Seis meses pienso que hará  
que nos quisimos batir!  
(Viendo que la rabia de Román crece.)

¿Quieres matarme?

ROMÁN Ó morir.

PEREIRA ¿Ó morir?

ROMÁN Tanto me da.

PEREIRA ¿Te herí?

ROMÁN No sé.

PEREIRA Pues seguir.....

ROMÁN Combate a muerte.

PEREIRA (Dándole una estocada)

Ahí está!

ESCENA ÚLTIMA

ROMÁN, en tierra; LUISA, ALBERTO y PEREIRA

LUISA ¡Dios mío!

ALBERTO ¡Un combate aquí!

PEREIRA Señores, un desafío;

esto era negocio mío,

pero ya le concluí.

ALBERTO (Mirando el cadáver de Román con rabia.)

¡Oh! ¡Le habéis muerto! Y ¿por qué?

PEREIRA Por una deuda anterior.

LUISA ¿Una deuda?

ALBERTO ¿Era de honor?

PEREIRA Por el honor le maté.

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**